

Sobre el gran Roque Guinart y su Imperio. ("El Día Gráfico", Barcelona, 15 enero 1915).

Sobre el gran Roque Guinart y su Imperio

—No le quiero a Paco—exclamaba el niño; —no! ya no le quiero! ya no le quiero más! para nunca, nunca, nunca!

—Pero, ¿por qué no le quieres a Paco, querido?; ¿qué te ha hecho Paco? Si es tan bueno!... Si juega siempre contigo! Si te hace de burro!

—No, no le quiero ya a Paco, para nunca... Porque me hace llorar!

—¿Que te hace llorar? ¿Y cómo te hace llorar?

—Porque cuando nos ponemos a jugar por las mañanas y él hace de burro mío y quiero meterle los dedos por los oídos y las narices, no me deja. No me deja que le meta los dedos por los oídos y las narices cuando hace de burro mío, y me hace llorar. Y por eso no le quiero ya, para nunca, para nunca, para nunca!

Al padre se le pasó por las mientas decirle al niño que tampoco los burros de verdad, es decir, los burros de cuatro patas y no los hombres que por juego o de veras hacen de tales, dejan que sus amos les metan los dedos por los oídos o las narices sin soltar alguna coz, y no por eso sus amos lloran, pero recapacitando pensó luego que no es fácil entender con esa lógica de niños... y de adultos.

La lógica puesta al servicio de una voluntad desenfrenada, la razón pura al servicio de una razón práctica de dominación y prepotencia, es algo muy trágicamente terrible. Recordemos, sino, la tradicional fábula del lobo y el cordero. Sólo le faltó decir al lobo: «es que si yo no te devoro, tus hijos devorarán a los míos.»

Hay pueblos, como hay hombres, que han estado haciendo, no ya por juego, sino por paciencia, de burros de otros pueblos y soportando que éstos jugaran con ellos hasta que llega un día en que ya no les toleran el que quieran meterles los dedos por los oídos y las narices, o acaso por los ojos, y entonces aquellos otros pueblos, acostumbrados a salirse con la suya, exclaman que se les ofende y se les niega y no se les quiere dejar vivir y desarrollarse a su manera. Es decir, a la manera de un atropellador de los derechos ajenos. El inventan, para cohonestar sus atropellos, doctrinas de un cinismo pavoroso. Es decir, no las inventan, sino que las toman de donde las tomó Maquiavelo, de la antigüedad pagana.

Y hay entre nosotros, aquí, en esta España, católicos que deben de creerse cristianos—lo supongo, al menos—que justifican esas horrendas doctrinas paganas de derecho internacional, cuando no se entusiasman con ellas. ¡Y hasta con Attila!

Al menos aquel cinico Federico II de Prusia, llamado el Grande, «de philosophe sans souci», el amigo de Voltaire—y despreciadores ambos del pueblo y de su libertad—tuvo la hipocresía de escribir el «Anti-Maquiavelo» para mejor encubrir su refinado maquiavelismo. Porque maquiavelismo no es sólo la astucia y el engaño, no!; maquiavelismo es el prescindir del sentido moral en las relaciones de gobierno, y elevar el principio de «salus populi», entendido al modo del Príncipe, a norma de conducta; maquiavelismo es la máxima que se atribuye a los jesuitas, la de que el fin justifica los medios. Uno de los estadistas más maquiavélicos ha sido Bismarck. No necesitó siempre servirse del engaño. Cuando necesitaba de él fabricaba telegramas; pero cuando no, como disponía de la fuerza, apelaba a ésta. Y tratar de explicar, por la necesidad, un atropello, es refinadamente maquiavélico y pagano.

—Pero, ¿por qué le ha matado usted a ese para robarle?—le preguntaba un juez a un reo.

—Ha sido, señor, por necesidad.

—¿Necesidad de comer?

—No, una necesidad más íntima: necesidad de matarle. Necesitaba matarle.

—Pero, ¿para qué?

—Para quedarme tranquilo. Si no le mato no descanso. Me lo pedía todo el cuerpo y toda el alma. Es más: hace años que no venía pensando en otra cosa ni preparándome a otra cosa. Ha sido una necesidad. Y encima me dieron unas lecciones sobre el libre albedrío y la necesidad de conciencia.

—¿Y hasta teoriza usted sobre su crimen!

—Naturalmente, señor. Y si no, ¿para qué quiero la inteligencia? ¿Para qué me la ha dado Dios? La inteligencia la tenemos para justificar nuestros actos.

—Y estos actos...

—Estos actos, señor juez, obedecen a la necesidad. Y yo necesitaba defenderme.

—¿Defenderse? ¿Pero a eso llama usted defenderse? ¿El matar a otro para robarle es defensa propia?

—¡Claro que sí!

—Pero, ¿es que él le atacó a usted antes, acaso?

—No, pero yo me defendía, defendía mi modo de ser, mi personalidad, mi carácter. O yo soy yo, señor mío, o dejo de ser. He defendido mi espíritu, mi carácter trascendente, mi razón de ser.

—En mi vida he visto mayor y más desvergonzado y fresco cinismo convertido casi en metafísica! Es como si un lobo dijera que tiene que devorar ovejas para defenderse!



—Y diría bien, muy bien, señor mío. El lobo devora ovejas en propia defensa. ¿O es que el lobo tiene menos derecho a la vida que la oveja? ¿O cree usted que va a ponerse a pastar heno para dar gusto a esta? Eso de que el león se ponga a comer paja no se le ocurre más que a la Biblia. Y no están los tiempos para Biblias. La Biblia se ha hecho para que en mis ratos de ocio me entretenga en comentarla y analizarla y pulverizarla.

—Pues a eso se llama...

—A eso se llama voluntad de potencia, señor mío. Y este mundo tiene que ser de los más fuertes y los más disciplinados.

—¿Disciplinado usted?

—¿Y para qué cree usted, señor mío, que hace falta más disciplina que para mi oficio? ¿Ha leído usted un libro español, el «Quijote»?

—Sí, señor, lo he leído.

—¿Y no recuerda aquello de cuando, yendo Don Quijote a Barcelona, se encontró con la concertadísima república, o si usted quiere imperio, de los bandoleros de Roque Guinart?

—Sí que lo recuerdo.

—Pues recordará cómo Roque decía que de su natural era compasivo y bien intencionado, pero el querer vengarse de un agravio le llevó a aquel estado y que, como un abismo llama a otro abismo, tomaba a su cargo no sólo las suyas, sino las ajenas venganzas, y cómo uno de los de su banda decía que era Roque más para «frade» que para bandolero. Y el mismo Don Quijote, es, ojo de caballeros, acabó llamándole el gran Roque.

—La verdad—se dijo el juez a sí mismo—que este endiablado sofista va a acabar por convencerme.

Y acabó, en efecto, convenciéndole, porque el juez aquel, como suele suceder a los jueces, juzgaba por leyes escritas, por tablas, por letra, no por sentimiento cristiano, no por conciencia, no por espíritu. Los jueces, los magistrados, los ministros de la ley—es decir: los escribas—no piden sino eso que llaman disciplina, y, ¿dónde la hay mayor que en el imperio de Roque Guinart? ¿Quién más disciplinado que el lobo que está a la defensiva de su personalidad lupina?

Miguel de Unamuno.

